

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

14

SOBRE
PERIODISMO
Y LITERATURA

ANTONIO LUCAS

Lucas Marín, Antonio (1945-)

Sobre periodismo y literatura / Antonio Lucas. –
[León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira,
2017]

94 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio
Pereira” ; 14)

ISBN 978-84-9773-886-6

1. Prensa y literatura - España - Historia - Siglo
19º-20º-Discursos, ensayos, conferencias. I. Universidad
de León. II. Fundación Antonio Pereira. III. Título.

070(460)(042.3):82

82:070(460)(042.3)

ISBN: 978-84-9773-886-6

Depósito Legal: LE-198-2017

Imprenta Kadmos

Salamanca 2017

ÍNDICE

Sobre periodismo y literatura.....	11
Anexo	31

El día 6 de abril de 2016, la Fundación “Antonio Pereira” organizó una conferencia extraordinaria del periodista y poeta Antonio Lucas en la Sala Región del Instituto Leonés de Cultura con el título *Narrativas literarias del periodismo español*. El Breviario recoge aquella conferencia con el nuevo título *Sobre periodismo y literatura*, con un anexo de textos del autor, publicados en prensa, en torno al mismo asunto.

SOBRE PERIODISMO Y LITERATURA

La modernidad llevó la literatura hasta el corral del periodismo a finales del siglo XIX. En los periódicos empezó a filtrarse el escritor, el hombre de letras, el narrador y el poeta para encarnar un nuevo modelo de ciudadano con voluntad de intervención en las capas más directas de la realidad, de lo cotidiano. Las ideas sociales empezaron a sobrevolar el oficio desde el margen de los que no eran exactamente sus oficiantes, un cierto espíritu crítico se colaba de pleno por los planillos de las redacciones. El escritor empezaba a hacer escapatismo de su obra, de sus ideas, desde las páginas del periódico, a la vez que el periodismo y sus normas empezaban a calar su bayoneta en las arenas movedizas de la literatura. Y aquí quiero

rendir ya homenaje al autor que da nombre a esta fundación y del que guardo los mejores recuerdos como amigo y como lector. Conocí a Antonio Pereira antes que la literatura de Antonio Pereira. Y pocas veces un escritor, un poeta, está tan ceñido a una personalidad tan generosa en letra y en cuerpo como él nos enseñó a cuantos lo tratamos y lo leímos con entusiasmo. Pertenece a esa generación de los años 50 que también tuvo en los periódicos su punto de encuentro y su línea de salida. Pero antes abrieron senda otros. A recuperarlos vamos.

Nuestra primera generación real e ilustrada de escritores de diarios fue la del 98. De hecho, se confeccionó desde las páginas de un periódico, *Abc*, con una serie de cuatro artículos publicados en la tercera por Azorín. Quedó ya claro en lo sucesivo que una generación necesitaba hacerse pública en el periódico para quedar constituida como tal. Y requería a la vez de sus páginas para ir conformando el espinazo de su tentativa teórica, emocional, temperamental, pues los del

98 empezaron a intuir que desde el pantalán del periodismo, de un modo eficaz, se podía ejercer con voluntad transformadora y a pie de calle la defensa de unos determinados valores.

El periodismo español empezaba así a conformarse de una manera plena como un espacio que se abría a una nueva y fecunda aleación: la que comenzaba a entender que el oficio podía ser también un género literario más, renovándolo, inyectándole un nuevo brío capaz de reflejar, sin estorbo, el lienzo entero de una realidad que se mostraba sucesivamente más compleja y, a la vez, más necesitada de esa opinión, de ese pensamiento que también se podía ejercer desde el periodismo de manera más plena.

Todo el 98 pasó por el brasero de la prensa. Encontraron que aquel Madrid, rompeolas de todas las Españas, la ciudad/tugurio, la ciudad/tertulia, la ciudad/esquina, se tomaba mejor desde los terrenos de la prensa. Incluso Valle-Inclán, quizá

el más poderoso escritor de aquel grupo y el que menos voluntad periodística manifestó (el esteticismo nunca ha maridado con la pana gruesa de las redacciones) mantuvo una asidua colaboración en prensa sabedor de que una página ‘alimentaba’ más a un escritor que un libro de glosas. Y dieron paso de algún modo a una literatura en prensa más dinámica, más directa incluso, con clara voluntad de ensanchar el cauce de sus lectores.

Pero para no desviarnos, si queremos hablar de la presencia —e influencia— de la literatura en el periodismo español —aunque sea con unos cuantos datos deshilachados— hay que echar la vista algo más atrás, a Mariano José de Larra. Diríamos que fue quien alimentó de literatura el periodismo —o quizá fue al revés—. Irrumpió con la voluntad firme de estar haciendo algo parecido a la información, pero una información anímica, que venía del estupor, del desafecto al entorno, casi del daño. Trazó los primeros compases modernos del periodismo político sabiendo que para derrumbar a un

personaje público era más eficaz una sola crónica incisiva que un diario entero.

Larra llevó el malestar al periódico. Elevó el periodismo hasta la categoría de género literario, dispuso de otra manera de contar una sociedad, de denunciar sus gangrenas, de polemizar como una de las formas del compromiso, de la necesaria disidencia, desde una perspectiva que era a veces abrumadora y violenta. En uno de sus artículos de 1835, titulado ‘Ya soy redactor’, dejó trazado con tinta indeleble su percepción del oficio: “El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: mireme de alto abajo, sorteando un espejo que a la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y dime a escudriñar detenidamente si alguna alteración notable se habría verificado en mi físico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. «¡Ya soy

redactor!», exclamé alborozado, y echeme a fraguar artículos, bien determinado a triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrín literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdicción. Pero ¡ay de mí, insensato, que, chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias! Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado e inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito a un periódico, que haberle sabida y precipitadamente de componer”.

La transformación de Larra era, en definitiva, la transformación del periodismo, la transustanciación de lo que hasta entonces era un recuento de sucesos a lo que se convierte en un espacio donde se aspira a una cierta trascendencia de fondo y de estilo. Larra supera a los costumbristas que

ejercen en la prensa de su tiempo y algo después, me refiero a Mesonero Romanos y Bretón de los Herreros. Pues ‘Fígaro’ —ya saben, el sobrenombre de nuestro fugaz pero imprescindible protagonista de ahora— trae a la crónica, al aguafuerte social, la profundidad, el sesgo ético de una observación, de una descripción que pasa de lo menudo del apunte a la gran mercancía del artículo, o a la crónica social, depende. Y eso no ha cambiado.

Después de Larra es otro el modo de escribir en los periódicos. No sólo importa la noticia, la puntual o impuntual información, el comentario remendón o ese suelto que es un inquilino sin distinción de la página. Después de Larra el periodismo español despierta de algún modo a la denuncia, a la inconformidad, a la reflexión, que es su vocación última, su mensaje necesario. Se infecta el periodismo del espíritu de Larra y se abre así a otras nuevas latitudes.

Esto lo entienden a su manera los hombres del 98. Comprenden que la escritura en las páginas de los diarios, de las ‘hojas del lunes’, de los semanarios y demás artefactos efímeros de imprenta requiere aceptar una triple norma: sentido del tiempo, sentido de la actualidad y noción de público. Y así los periódicos van madurando también con escritores, se van convirtiendo en una pasión democrática. Y en ellos aparecen entregas de lo que serán libros imprescindibles: ‘La rebelión de las masas’, de Ortega, o ‘Tres horas en el Museo del Prado’, de d’Ors, que fue en origen un conjunto de glosas veraniegas. A partir de entonces no se trata de la información mecánica, sino de completar ese artefacto que es el papel caducifolio en una mirada personal que aspira a equilibrar el tacto de piedra pómez de una realidad que en sí misma tiende a ser calderilla. Con los escritores llega la subjetividad a las rotativas. Y el concepto de periodismo se va haciendo otro, se abre, se ensancha, hasta que la precisión del dato y la exactitud adquieren un

nuevo sentido, el de la precisión de la idea dentro del caos inmenso de lo que transcurre ahí afuera.

Los periódicos empezaron a estar cada vez mejor escritos, apoyados en el barandal de los hombres de letras. Y de algún modo eso tuvo su inicio de manera profesional y amplia con el 98, tras la estela de Larra, y se va a continuar a lo ancho de todo el siglo XX, con modelos que van desde el funambulismo literario de Ramón Gómez de la Serna, la ironía en punta de Julio Camba, o el detallismo misántropo de Josep Pla, hasta el rigorismo de reporteros de ahora como Kapuscinski y John Lee Anderson, deudores de una generación que tiene uno de sus puntos de partida en el nuevo periodismo norteamericano.

Es cierto que las transformaciones sociales han sido la brújula necesaria de las redacciones, su estímulo. Ningún siglo como el pasado ha tenido un *sex appeal* igual para el periodista. Hablamos de un espacio sociotemporal donde la información

empieza a tomar un cierto carácter global. En principio es un periodismo pretelevisivo, donde la palabra es lo que cuenta, la imagen que uno es capaz de formular con la comba del lenguaje. Hay que estar en los sitios, hay que viajar, hay que untarse en velocidad, domar esa urgencia que no tiene ni necesita el libro. Hay que hundir el calcañar en el légamo, aunque a veces esa inmersión no resista la tentación del juicio fácil. O no sea más que un chapotear a ras de suelo. Y podría servir de ejemplo uno de los reportajes más conocidos y sonados de la II República, aquel que realizó Ramón J. Sender sobre la matanza de anarquistas en Casas Viejas, publicado en el diario 'La Libertad', no por casualidad propiedad de Juan March.

La escritura de periódicos se va haciendo cada vez más intensa. Hemingway, por poner un ejemplo planetario, representa esa escuela del 'periodista en safari', el gladiador con una prosa de amonal que va pegando tiros, de tinta y de furia, por donde pasa. Ensayo el periodismo 'verité',

donde las primeras leyes del mercado de la prensa se confunden con las leyes literarias... Pero entonces todo valía. Es el reportero espectacular, la 'estarlette' macho de un mundo que busca combinar el 'glamour' con el tabaco de picadura. Ese periodismo de quien nace al mundo para el éxito diríamos que lo inaugura en su caudal moderno Hemingway, al que la realidad no le jodió nunca un buen reportaje de los del *Chicago Tribune*. La suya era una poética de frase corta, de ráfaga breve. Puntual, directa, bravucona y, sobre todo, eficaz. Era la forma más caliente y directa que encontró (y fue un acierto) para acercarse a un lector que encontraba en la ráfaga de sus reportajes la confección de un mundo por descubrir. Y al propio Hemingway, como un descubridor con trazas de héroe romántico.

En España, de otra manera, existen también ejemplos en los viejos buscadores del oficio, aunque sean nombres ya olvidados y con épicas diluidas que no se cimentaron con el hormigón

armado del ego. Me refiero, a modo de dato curioso, al olvidado periodista Federico Santander, un cronista de *Abc* que fue fusilado en Paracuellos y que revivió en una prosa limpia, conmovedora y algo *naïf*, el relato de esa extraña aventura que le llevó durante algo más de un año (de 1932 a finales de 1933) por medio mundo en calidad de reportero, de Valladolid a China en un viejo Ford. Santander, con sus limitaciones, pero también con osadía, desarrolló unos reportajes ceñidos a su aventura, donde lo subjetivo tomaba el impulso de la fábula adobada de toda la artillería de lo real. El mundo desfilando por los ojos de un hombre, descargando su tormenta de datos, de ideas, de exotismos, de impresiones que caían en la volqueta del folio, haciendo el mundo. Y eso es el periodismo, eso también la literatura. Aunque a Santander lo hayamos desempolvado ahora más por lo extravagante de la peripecia que por la intensidad del resultado.

Ya no hablamos de la noticia (que es en sí misma raíz y género), sino de todos los demás caminos con los que la literatura ha ido haciendo más grande y apasionante el oficio, contaminándolo, incluso confundiéndolo, pues el nuevo periodismo estadounidense (el de Wolfe, Capote, Thompson y Gay Talese, entre otros), rompió esa delicada frontera entre verosimilitud y veracidad (pero esta es otra historia). Una cosa es hacer verosímil una historia y otra es hacerla veraz, personalmente prefiero la segunda de las opciones si lo que tengo entre las manos es un periódico. Y aun así, hoy no entenderíamos los diarios sin la aleta caudal de lo literario. Y no quiero decir sin escritores, sino sin periodistas capaces de narrar, de obrar el mágico rito de levantar una historia a pulso de palabras precisas, bien puestas, con clímax, con veracidad. No entenderíamos de otro modo el artículo, el reportaje, la crónica. Ahí es donde el lenguaje adquiere su más alta temperatura dentro de un periódico. Lo sabemos cuando intentamos analizar la

mecánica lírica de los textos de César González-Ruano o de Umbral, articulistas de referencia en el último medio siglo. A ellos se les debe esa otra veta, y ésta sí que muy propia de nuestra tradición periodística, que es abrir el periódico a la íntima confesión, a la particularidad del ánimo, ese estilo del que arriesga una opinión desde la jaqueca de sí mismo, dando sentido y forma a la abstracción que late en lo concreto, por decirlo a la manera de Felipe Benítez Reyes. Ambos, César y Umbral, maestros sin fisuras, rescataron el ‘spleen’ para las páginas del diario, ese filifi poético desde el que se explica también el ruido de la calle. Tomando como fuente el eco de Larra, pero yendo más allá, hasta convertir el dato, la anécdota, el cemento de lo que sucede en el mismo argumento de la obra.

Son periodistas, son escritores, cuentan la vida sin resignación. Y así podemos ir acercándonos por otras viejas escuelas, como la de los reporteros del diario *Pueblo*, con Raúl del Pozo al frente; o podemos también hacer espeleología por las

hemerotecas en busca de aquellas crónicas del juicio del 23-F, desde las de Manuel Vicent a las de Martín Prieto... O sea, todo ese periodismo caliente que tiene como cumbre (y costumbre) contar de la mejor manera posible lo que sucede, lo que pasa en verdad, con voluntad de estilo, con voluntad impar. Lo que sucede, decíamos, y no lo que pudo pasar, porque ese terreno es de la ficción.

Los que amamos el periodismo, los que nos dedicamos a él, los que pertenecemos a una generación que está asistiendo (y protagonizando) el mayor cambio de la profesión en sus cuatro siglos de Historia con la aparición de Internet, sabemos (o debemos saber) que el desafío es cada vez mayor. Ya no basta con la buena escritura. Lo dice bien García Márquez: “Los públicos son cada vez más exigentes e intolerantes. La realidad desborda la capacidad de los medios informativos. Hay que replantear las estrategias”. Lo que antes tenía como aval la sorpresa hoy requiere como comportamiento la profundidad. El periodismo en papel

será cada vez más reflexivo frente al planetario soluble y disparatado de la Red. Hoy lo sabemos todo y sólo un periodista con olfato para ordenar ese todo puede sobrevivir, como hacía en sus crónicas de guerra Manu Leguineche.

Ha llegado un momento en que los periódicos están peligrosamente cerca del espectáculo más que del viejo y necesario oficio de contar con libertad, con modales de kamikaze. Algo que hasta no hace demasiado era una de sus perchas. Quizá es el momento de echar la vista a los grandes maestros y saber que hay mil caminos para narrar, porque el periodista es un narrador instantáneo, un tipo que ha de ser soluble en la historia que cuenta. Ha de distanciarse de ella, pero vivir en su fondo. Así es el gran reporterismo, así se confeccionan las mejores crónicas, con esa sospecha que siempre empuja el texto, con esa impotencia de no tener más que las palabras para darle sentido, voz, credibilidad, verdad en definitiva. Pues saber nombrar es acertar con la verdad misma de

lo nombrado. Hay que saber explicar la Guerra de Troya como si estuviese tan cerca como la de Irak. Eso es la furia informativa.

En este sentido, el gran Kapuscinski, uno de los más hondos reporteros de las últimas décadas, acertó una vez más cuando dijo que “es importante tener el sentido de no saber. Es una cosa natural en un mundo cada vez más complicado, más nuevo”. Si uno lee ‘Ébano’, que son sus grandes crónicas de África, lo que está leyendo en verdad es la novela de un hombre que impacta contra el festival desquiciado de otra cultura, de un territorio ignoto, de un fervorín donde la muerte acampa y hay que contarla para sacársela de encima. Eso es periodismo, eso es literatura. Encontrarle un sentido a las cosas y no aceptarlas sólo como vienen.

Sospecho que se ha ido escapando el presunto eje de la ponencia. Al final, uno habla de dos pasiones que se combinan como una misma agua.

Y eso hace difícil el funambulismo de la justificación. Tan sólo la ficción está descartada en un periódico, en una información, aunque cada vez parezca más presente en algunos casos. El periodismo nunca será nada sin ese placer de contar las cosas como fueron, sin ese modo de dar voz a lo que en ese momento no la tenía, sin dejar en claro el asunto, dejando a la vista sus huellas. Siempre será el artículo, la crónica y el reportaje la sustancia del mejor periodismo y la fragua de la más intensa literatura en los periódicos (y a veces también fuera de ella, piensen en ‘Miedo y asco en Las Vegas’, de Hunter S. Thompson). Lo demás es cable de agencia, argamasa con la que construir la historia, un puñado de huesos sin articular aún. Ya decía Umbral que “el escritor de periódicos siempre cose para afuera”. Uno, en su pasión, encuentra los orígenes del reporterismo hasta en ‘El Quijote’. Esa forma de narrar pasará después, con nuevas combinaciones y varios siglos después, al diario. Se trata de deambular por el mundo con

una idea de lo que se quiere decir, corriendo el riesgo de que a cada paso la realidad se altere hasta convertirse en algo nuevo que decir, más rico, o más intenso, o más absurdo, pero que merece ser contado en las páginas de un diario.

La realidad siempre termina siendo un fracaso si no se le da voz oportunamente. El periodismo se ha emputecido, no hay duda, pero la literatura sigue en él adelante. Curiosamente, lo que recordamos de los periódicos, que es bien poco, siempre suele estar del lado de la literatura, o de lo que es susceptible de serlo. Los diarios están obligados, ahora más que nunca, a ser a cada rato mejores. Y eso sólo es posible con audacia, con rigor, con la mejor escritura posible. Internet no tiene pulso literario, sino el temperamento espontáneo de lo casi oral, de lo que se improvisa, de lo inmediato, de la acumulación que no aspira (aún) a ser selectiva. Cada vez es más necesario que en los periódicos se encuentre una pieza escrita mejor que la anterior. Un farallón de palabras bien puestas

donde las ideas vayan goteando por las palabras hasta iluminar, y denunciar y comprometernos con una realidad que tiene algo de trampa, de malformación de un sueño. Por eso, quizá ya tan sólo por eso, aún hay páginas en un diario que nos parecen fiables.

ANEXO

El anexo, como se indicó al comienzo, recoge algunos artículos periodísticos de Antonio Lucas que rozan el tema de “periodismo y literatura”.

1. Más periódicos, más libertad

No hay frase tan estúpida y perversa como aquella que afirma que el periodismo murió y lo que queda es “sopa de letras”. Sospecho que hablo desde la esquina del cuadrilátero del que se ha educado (o maleducado) leyendo periódicos del día y hurgando en hemerotecas, haciendo cabotaje por noticias y columnas de un perfil y de otro, como el pequeño salvaje que busca descabargar una idea y ponérsela en la solapa. Es una forma de ir contra lo que se lleva ahora: el pensamiento escarpado y en tupperware. El discurso político se ha sintetizado en la chorrada, en la verdad naïf y en la mentira que florece por todas partes. De ahí que uno se afiance más en los pliegues auténticos del papel periódico, en el árbol caducifolio de la página, allí donde aún existe (porque aún existe) el aroma del desacato con un ADSL de ideas que van a toda hostia dibujando el día.

Este es un oficio en el que conviene llevar el bardeo bajo el paladar y donde el triunfo suele tener dos vías de acceso: o la intemperie del riesgo asumido o la vulgaridad del pelota. El primero trabaja con artillería incómoda y a pecho descubierto. El segundo, con la boca enturbiada de vaselina. Sólo hay que escoger.

La disciplina de esta profesión reside en su misma indisciplina. Eso es lo que más les jode a los políticos y a los barandas, porque confunden la lealtad con el servilismo y la impertinencia con la traición. Éstos siempre andan como remangados para la revancha y ven en el periodista una tea de rencor social. Dice el maestro Raúl del Pozo que esta profesión se extingue. No quiero creer en las malas noticias. Alguien tendrá que contar el fin del mundo para los dioses, aunque sea escribiendo en un kleenex.

Ahora ya no se trabaja tanto la calle, es cierto, porque la información salta antes en internet y en

los móviles que en las comisarías y en los despachos. Pero hay que estar en la vida, sin disimulos, sin epidural, descreyendo de todo para poder creer en lo que aún importa. Hay que contar cosas, hay que decir lo que no gusta. El periodismo siempre se ha hecho con una prosa a la contra y el pulso quieto. Convirtiendo el incienso en gas sarín si hace falta.

Levantamos semanas trágicas sobre el papel por cualquier mascachapas descolgando una bandera, quemando una foto con corona o entonando una berrea pueblerina y torpe por un puñado de tierra necia, pero debajo de eso late una sociología viva que es el ADN de un país, en ocasiones tan grosero como el nuestro. El periodismo, al contrario que la religión, predice, empuja, alerta. Avanza lo que puede pasar ahí afuera. Son historias de verdad, la puta vida.

Por eso, la aparición de un periódico nuevo es un faro más, una forma de no claudicar, otra

ventana desde la que asomarse al estercolero. Y también estimula el necesario subidón por ver quién caza la mejor pieza, con más pulso, con más fiebre. Aquí hemos venido a contar, sin mariconadas. Una ciudad con los quioscos llenos (y no de porquería acumulativa) siempre trae un sano doping de libertad. El Público arranca buscando sitio y alpiste, justo cuando el cañamón está más caro. Lo dicho. Buen viaje.

(El Mundo, 26/09/2007)

2. Raúl del Pozo

Ha levantado un articulismo contundente por los recodos de la vida. Está haciendo la mejor columna. Maneja una prosa de tahúr o de príncipe traicionado, depende del día y sus panteras. No vacila jamás ni se deja arrastrar por la utopía de la mentira. Raúl del Pozo es un reportero febril, un escritor con zarpa de seda capaz de reconvertir el talento en metralla para prevenirse del golpismo permanente de los que mandan.

Aluciné con sus crónicas desde el momento en que supe que yo podía ser feliz —esa felicidad tan rara— en la redacción de un periódico. Lo conocí mucho antes de conocerlo, cuando aún los sueños eran ciertos y razonable su extremo. Lo leía (lo leo) sin fatiga, con devoción, sin dogma. Lo bueno del agnosticismo es que, al quedarnos libres de dioses, uno puede dedicarse más a los amigos.

Siguiendo el rastro de sus columnas es posible comprender mejor esta España amotinada donde

la corrupción ha hecho saltar la banca. A los de mi generación —a esos que bautizó como la guardería de *El Mundo* en el altar de Lucio, entre huevos rotos, ropones, convictos de permiso, sarasas y jamón— nos ha enseñado a confiar en la desconfianza y a leer los artículos del revés para saber lo que en verdad debemos saber, hasta llegar a la transparencia del fondo oscuro de las cosas.

Es un arponero del periodismo, de los que creen en el pulso de la escritura y saben del palpito traidor y necesario de la calle. Entra los miércoles en el Congreso para escuchar las profecías que vierten los de siempre en la corrala del poder. Y desde allí diagnostica con una prosa tan engolfada de lecturas y de noche que se le ha hecho lírica, precisa, luminosa y feroz. Con ella lanza crónicas parlamentarias que son el correctivo a esta política lisiada y tirando a masculinista. Sabe que en el hemicíclo no quedan petronios, sino trileros. Y busca en los clásicos un antídoto contra la peritonitis de esta democracia tocinera.

Lo he visto hincarse de rodillas en un restaurante porque entraba Zarra, besar la mano a alguna barragana maternal que ya no ejerce, ser generoso como sólo lo es la gente de buena madera, los elegantes, los fronterizos. Es el Norman Mailer de este otro lado del río: generoso, vital y contradictorio. Pertenece a esa constelación excesiva de periodistas que se amamantó con Ramón y Ruano, con Cela y Luis Miguel, con Baroja y Cicerón, con Tom Wolfe.

Un día escribió que Aznar había sido el mejor presidente de la democracia española. Yo quiero pensar que fue el peor. Cuando se lo dije calló un momento, encorvó el ojo y atajó el asunto: “Pide más vino”, dijo. Se nos olvidó de qué estábamos hablando. En Madrid, algunas tardes, va con el Chino en un coche negro que combina muy bien con su perfil de patricio. Por la ventanilla repasa otra vez Madrid, capital de la gloria. La respira por los ojos, como los grandes escritores. Y delante del folio se desangra por la mano, como

los mejores reporteros. Lleva en el pulso el ruido de la calle. Y está en la última, por fin, para contarlo.

(El Mundo, 19/12/2007)

3. La columna

Ya dedujo González-Ruano que las esquelas tienen más lectores que los artículos. No era un gesto de humildad, sino lo otro: pues César se hacía en cada columna la mejor esquila posible para evitar que fuese un ajeno el que le jodiese el funeral con un tópico. Tengo más o menos testado, desde mi posición de carrilero del oficio, de suplente a tiempo completo en el nicho del columnismo, que tenía razón Umbral cuando afirmaba que esto de hacer caligrafía en el hueco de siempre es como llevarse flores a sí mismo. Una fascinante esclavitud que llena el día (y algunas noches) buscando ese algo que contar, sacudiéndose la vida por ver si cae entre la ceniza una frase feliz con guerra dentro.

Escribir es no aceptar lo irremediable, buscar sin equilibrio, amar sólo del tiempo el oscuro sobresalto de su rumbo. Aquí se viene a sexar el mundo por la mañana, a encontrarle al oficio de vivir su porqué, su verdad, su asco, su veneno, su antídoto.

Luego vale o no vale. La columna no tiene punto muerto. Eso para las beatas y los 600. O las palabras escapan de su jaula o date por jodido. Y aquí hay muchos tramperos con el idioma amaestrado, escribas de punto bobo que conocen los beneficios de una prosa de rodillo propagandístico.

El columnismo es la cola del Caprabo del periódico, un intenso lugar de paso hecho de ese ir muriendo desde que el lector suelta su euro. Algunos creemos más en esta forma de diálogo social que en la fritanga sospechosa de la CEOE, por ejemplo. Hemos descubierto cómo se dice NO de la mejor manera leyendo a Larra, a Raúl del Pozo, a Vázquez Montalbán, a Vicent, a la Rigalt, a Maruja Torres, a Anson, a Millás y a Haro Tecglen. Mucho mejor en ellos que en la absurda Facultad de Periodismo, donde la lección más honda fue traducir el ancho de la página en cíceros.

Ahora que los heraldos negros de la hipermodernidad decretan la embolia del periodismo,

creemos en él como una costumbre de vivir, de andar alerta, por si valiera de algo. No se trata de hacer socorismo de la realidad, qué cojones. Ni de confundir la conciencia con la limosna moral. Se trata de observar y entender después cómo uno no quiere acabar. Y decirlo en esa relojería minutísima del artículo, olvidando siempre algo, arriesgándolo todo, incordiando a los soplapollas, a los ganapanes, a iglesias, a derechas, a falsas izquierdas, con mejor género y mejor estilo que ellos. Con mejor prosa.

El romanticismo de formol ya no vale para este oficio. Pero la libertad tiene mucho que ver con la calidad de ese árbol de palabras de los periódicos. Con ese telescopio ver con la calidad de ese árbol de palabras de los periódicos. Con ese telescopio matinal, esa columna que se escribe mejor en calzoncillos.

(El Mundo, 29/07/2009)

4. Letra de amor a Manuel Alcántara

El periodismo tiene, entre otros encantos, el de ser el lugar donde habita Manuel Alcántara. Más allá del ruido de los retenes políticos, de tanta guarnición ideológica, de la lentejuela dubitativa y la mentira indisimulada de la actualidad, está como una luz de alerta la columna de Manolo. Esa prosa multiplicada en no sé cuántos diarios que sorteas el terral del día con músicas de gin tonic y es mezcla de precisión expresiva y de invención metafórica. Mola porque a su edad no es un viejo con miedo a caerse. Ni escribe como sucedáneo de la nostalgia. Sabe que por el tiempo no pasan los años y exhibe una zumba literaria que sale de determinados estratos de la intuición cuando ésta se lleva bien masajeada.

Ahora que anda la peña volada con la escritura bonsái del Twitter, a otros nos da por echar la vista a los maestros de lápiz largo. Aquellos capaces de hacer del artículo un conato urgente

de insurrecciones y gracia. ¿Sabes? He aprendido más de tu ironía con filo y de tu voltaje lírico que de la absurda facultad en que estudié Periodismo. De allá sólo extraje un puñado de ideas zurdas que aún conservo (y nunca escondo), aunque ya no sirvan para el tinglado de ahora. Pues la profesión se ha convertido (en demasiados casos) en una topera de brokers de renta antigua, en profesionales del crucigrama. Por eso sé lo que dices cuando dices que en esta España suplementaria y de saldo al trabajo lo llamamos milagro.

Hay mañanas en que uno arranca pensando qué dirá Manolo desde su cofa del Rincón de la Victoria, en Málaga. Cómo va a cicatrizar la vida en pensamiento. Con qué sutil veneno frente a la chatarrería de los Robocop que redactan a bulto, más para atropellar que para llegar al sitio. Es un tipo espectacular que habla con la misma precisión de Neruda y de Joe Louis, pues detecta la poesía del poema igual que analiza las hostias sobre un ring. Es un periodista que no se permite la

horterada del prejuicio ni alardea por todo lo que sabe de ginebras. Un hombre generoso con algo de vanguardista de lo visible, entre el desencanto del sarcasmo y el vaivén de la extrañeza. Tiene cabeza de sabio abisal. Nos une a él una distancia de tres generaciones, más o menos. Y hay quienes vamos al encuentro con sus textos como si al final de la columna nos esperase a media luz una violinista desnuda.

Cuando conocí a Manolo no sabía que era Alcántara. Yo no llegaba a adolescente y él me explicó los versos de Dámaso Alonso a partir de su alopecia. Así que de la obra lírica de Dámaso creo que es la calva lo único que recuerdo. Y no me va mal del todo...

Tengo que bajar a verte, maestro. No sé si dije ya que flipo cuando te leo. Aunque hoy todavía no lo he hecho.

(El Mundo, 15/10/2011)

5. Raíles

La instantánea tiene, sobre todo, ese rumor de agonía que exhala el precadáver. Y deja al descubierto, principalmente, el feroz desamparo de quien prevé su muerte mientras otros le van leyendo el reloj del revés. Sucedió esta semana en el Metro de Nueva York. Un hombre fue empujado por otro y aquél fue a caer a las vías. Durante medio minuto pateó, ayudándose con los brazos apoyados en el borde del andén, buscando estribo. Intentando salir del cepo de raíles. El convoy apareció con su frenética prisa de ciempiés, y aquel hombre al que uno le imagina las patas locas para escapar del foso se deja vencer. Estaba en una estación cerca de Times Square. En la calle 49. Y no estaba solo. Había, al menos, un fotógrafo y otro compasivo usuario grabando la escena con un móvil. El puto espectáculo. Ninguno le echó la mano, ni el extremo del cinto. Ese tipo palmó porque nadie lo agarró del cuello de la camisa para auparlo. Eso es también el mundo: un marica el último, un

chaval qué mal te veo, buena suerte. Siempre hay un testigo cerca para contarlo. El *Washington Post* publicó al día siguiente la fotografía con un titular de tamborrada: “Este hombre está a punto de morir”. Además de la torpe confección lingüística anda la mala baba. Ese hombre estaba a punto de morir porque otro prefirió pararse a hacerle la foto. Ese hombre estaba a punto de palmar porque para los contempladores sólo era una mercancía malograda, un espectro inviable y sin sonata. Además era un poco chino, aunque esta sospecha es de mi pura especulación, de mi terca demagogia, yo no sé. El periodismo tuvo su pienso de vísceras. Pero eso no es periodismo. No hay noticia más absurda que entender como noticia la muerte sin porqué de un tío. Eso es recebo para morbosos. Hay quien ejerce el oficio seguro de que vende más un cadáver prematuro que un vivo anticipado. Y, claro, no les va mal. Qué nivel.

(*El Mundo*, 09/12/2012)

6. Fingir el orgasmo

Andaba en la redacción escuchando a lo lejos una conferencia express sobre los atributos perdidos del periodismo (es pachanga habitual en las horas muertas hablar mal del oficio), cuando recordé la noticia de que el poeta colombiano Rafael Medina ha puesto a la venta sus testículos por 150.000 euros. El propósito de la poda es financiarse una gira europea para dar a conocer sus versos. Desconocía que traer poemas a este lado del mundo costase del tirón el escroto entero. Para esa gloria escasa, me quedo en el barrio. Aunque en asuntos de turismo compasivo he visto formulaciones incluso más absurdas.

Ambas escenas me llevaron a un par de certezas inesperadas: los poetas son el último colectivo con una fuerte conciencia de sí mismo –hasta dejarse capar– y el periodismo es el oficio que ha desarrollado mayor precisión al fingir el orgasmo. Hace demasiados años que el placer que proporciona

suele quedarse en la jurisdicción del propio ámbito periodístico, que es por lo común endogámico, arrogante y sordo. Los periodistas solemos hablar de lo nuestro como si en cada uno de nosotros hubiese una unidad de destino en lo universal. Un espasmo incalculable. Es una de las grandes fallas de esta profesión. Ésa y la falta real de independencia, tan confundida con la aerofagia verbal. Ésa y el confort de lo fácil, que en ocasiones nos rebaja a obedientes perrunos. Ésa y la impotencia de vocear la suciedad en un país donde hace mucho que el delito político no tiene consecuencias. De ahí que en televisión veas a imputados y trinchones sonriendo, aunque sea sonriendo raro. No nos temen demasiado.

El siglo XXI en España ha sido una incesante denuncia de tanta política degradada y de tantas instituciones públicas amaestradas para mejor amortización de las corruptelas —en *Crónica* quedará el reportaje de Gonzalo Suárez sobre el Tribunal de Cuentas—. Pero, de nuevo, nada. En

periodismo fingimos a veces conciertos feroces cuando en verdad se está haciendo un *unplugged*. La corrupción suma más de 800 casos (muchos de ellos, políticos aún en activo), y no hemos logrado que dimita ni dios. Quienes han organizado este Eurovisión de alibabás saben que la prensa tampoco puede hablar de perfección moral. Por eso, conviene salir de vez en cuando al mundo exterior para comprender las claves del descrédito de cierto periodismo. No se puede flirtear con lo peor del poder y ser a la vez su maza. O una cosa o la otra. Es decir: o los cojones o la poesía.

(*El Mundo*, 18/06/2013)

7. La gran belleza

Para alcanzar el sutil desengaño de Jep Gambardella hay que haber amado a muchas mujeres un poco y entre todas esas noches que suman tu naufragio no olvidar, al menos, la majestad sombría de un único amor. Hay que saber sentirse triste ante una chimenea sin fuego, como dicen que Ruano hacía. Beber sin despeinarse y acertar con el pañuelo que le va a la madrugada. Estar en los sitios como el sol de la derrota de ti mismo, a lo Baudelaire, siempre a punto de marchar cuando alguien dice: “Ahora viene lo mejor”. Discutir sin motivo; y sin tiempo para encontrar una razón por la que hacerlo. Demostrar muy poco asombro por las cosas del mundo y apostar todo a mover las rocas en el whisky sin que suene a termomix el cristal contra el hielo. Saber que nunca se malversa un fracaso con un drama. Gambardella es el periodista insólito y crepuscular de “La gran belleza”, la última película de Paolo Sorrentino.

Un nombre respetado en el oficio. Una firma. Un escritor de éxito agotado en un solo libro de juventud. Un cínico extraordinario que empieza a vivir cuando la tarde cae al suelo y viaja por fiestas en palazzos y burdeles con sombrero panamá y a bordo de unos Oxford bicolor. Siempre buscando algo, con una copa de menos y un desencanto de más. Ahora que gran parte de la política todo lo enmierda y degenera, ahora que sabemos de esa recua de mafiosos aforados que abarata nuestras vidas, ahora que mejor fuera perderse, mola descubrir seres impecables que llevan en el gesto la certeza de no esperar jamás un mínimo destello de la mediocridad. Periodistas que no vienen a salvar el periodismo, sino a escribirlo, a mantenerlo. Gente que sabe de la vida y de cómo mirarla sin refrendar cada hallazgo en un tuit. Tipos de un magisterio marginal y perfumado, con esa forma nada espectacular de dar el espectáculo. He conocido a algunos seres así. Dos o tres, creo. También en este oficio. De los que no confunden descreer

con mentir y saben que decir que el tiempo todo lo cura vale tanto como decir que todo lo traiciona (Ferlosio). Cuando esos tíos chocan palabras arman mundos. Cuando desaparecen, siempre quedan. Son un linaje en extinción. El caso es que el sábado descubrí a Jeb Gambardella (que no existe del todo, pero bien sé que no es irreal). Hasta él me empujó inesperadamente Toño Fraguas, al que encontré junto a las taquillas del cine fumando un purito dulzón casi de coña. Me habían levantado la última entrada para “La vida de Adèle” y me dejé convencer. Fue una noche de luna/ en que era muy hermoso no pensar ni querer. Grazie, compay.

(El Mundo, 10/12/2013)

8. La tarde de Umbral

Hasta el columbario de Umbral, en La Alameda, fuimos sólo una decena de personas aquel 29 de agosto. Caía en punta un calor amarillo. Pedro J. llegó en su coche de hormigón. María España en un auto con tres familiares. El fotógrafo Alberto Cuéllar en moto y yo empotrado en el coche fúnebre, con los enterradores flipando, tras hacer autoestop en la puerta de las cremaciones para llegar al nicho. Me quedé tirado al ir a mear y tenía que hacer la crónica, así que invadí el primer furgón que pasó, el de Umbral. Creo que fue aquel día el que hablé por primera vez con el J. de periodismo, de literatura.

Por entonces, un diario podía tambalear un Gobierno. Nunca al revés. Era posible mantenerse como contrapoder al Estado. La democracia no se reducía a una versión baja en sal del atraco de las castas. *El Mundo* andaba forjando una guardería de periodistas de pasión desatada. Nenes con la

única lealtad posible, la que tiene por eje la crítica como principio. El J. dirigía esa orquesta. Hay dos generaciones en el oficio que se han confeccionado a su vera. Soy parte de la última. Y le debo a este hombre, tan escaleno en los afectos, la certeza de haber aprendido sin tregua y el cumplir algunas de mis aspiraciones. Escribir en este hueco. Hacer cientos de entrevistas. Y no tener que madrugar, gimnasia tan lujosa.

Si algo imanta del J. cuando lo tienes cerca (18 años) es confirmar que para un buen periódico sólo hace falta papel, tinta, inteligencia, información y cojones (o desplegar la tundra del ovario, a elegir). Que conviene evitar dioses y amos. Que sortear traiciones es el alpiste de toda jornada. Que Nada es sagrado, todo se puede decir, como escribió Raoul Vaneigem. En los últimos dos años, como es aquí costumbre, este diario ha hecho palanca en la tarima flotante del Estado para que se vea la inmundicia: corrupción en todas las esferas, amenazas, evasiones fiscales, trinconeo. Un país

de mierda... Pero demostrar eso en voz alta es incordiar demasiado. Claro que las empresas de comunicación llevan las cuentas tiritonas, pero a un director de dinamita lo tumba antes el rencor del poder que el balance. Y en el Gobierno leen algo más que el *Marca*.

No soy amigo del J., pero lo tengo por referente. Me soportó embates columniles con cintura. Con elegancia. Pensando él lo opuesto a lo que yo decía, pero dejándome pensar. Y eso no lo olvido. De los dos tira, además, el fervor por Larra. Lo cual es mucho. Fue un privilegio, comandante. Seguimos remando, Casimiro. “A un director de dinamita lo tumba antes el rencor del poder que el balance”.

(*El Mundo*, 04/02/2014)

9. A la contra

El director de *The Washington Post*, Marty Baron, advierte en una entrevista de María Ramírez lo que ya sabemos: “Si los diarios no nos levantamos contra el poder, sacrificamos nuestro futuro”. Es una vieja certeza, pero no por eso menos cierta. Lo que está sucediendo con este oficio (y su déficit de atención, y su paso cambiado, y su amnesia de valores) es lo mismo de siempre pero multiplicado por el desconcierto del soporte y por la penuria de la escasez. En los periódicos se ha vuelto al agua tibia de lo manso, que contenta brevemente al poder pero desconecta largamente a los lectores.

El periodista incómodo y el medio valiente son hoy dos linajes remotos en un país envilecido que va por su tercer director de diario enterrado en dos o tres meses (*El Mundo*, *La Vanguardia* y *El País*). No se trata sólo del peligro de aceptar como válido un periodismo orgánico (como existe una cultura orgánica, de Norma Duval a Sánchez

Dragó), sino al peligro de asumir como normal que se dependa del criterio y el bozal del poder para evitar el naufragio.

A aquellos que intentan dar otra medida de las cosas se les pasa a cuchillo, antes o después. La tentación fáustica del consenso genera periódicos mudos y periodistas ciegos. O lo que es igual: golfos indiscriminados que ordenan ocultar la verdad para que la vida les cuadre. No estamos en los mejores días del periodismo como profesión. Aunque quizá sea un buen momento para asentar el futuro del negocio. Son dos cosas distintas. Es más, creo que el periodismo que estamos haciendo tiene mucho de escaso porque hemos aceptado callar a tiempo. Detrás de ese corporativismo incentivado hay empresarios, bancos, partidos, gobiernos... Detrás de ese corporativismo incentivado está el dinero.

No se trata exactamente del fin de nada, sino de otra adaptación al nuevo “cambio climático”. El periodismo ante la realidad de la crisis y

la denuncia de sus múltiples motivos no es que haya fracasado, es que quizá no ha sucedido. En esto va al compás de la democracia. Y tan chungo está el negocio (el de sobrevivir y el de buscar la verdad) que hasta en la intemperie y el disimulo aún podemos pasar de mes a mes. Marty Baron habla también de los peligros de la autocensura y de los “pasos atrás”. El periodismo no acepta el lujo de las indecisiones. Aquí la bronca debe ser a puño descubierto. No vale hablar con ellos de poder a poder, sino a contrapoder. Suele molar más un ministro cuando ya no tiene cargo. Sólo entonces deja de tratarte como a un empleado... En la prensa estamos fingiendo normalidad ante todo esto. Y ese tedio se nos nota.

(El Mundo, 15/04/2014)

10. El jinete de ‘jirafas’

En la imagen de aquel hombre reclinado en una silla escueta y con las patas encima de la mesa en la redacción de *El Universal de Bogotá* está el concentrado hormonal del periodista Gabriel García Márquez. Es una estampa de los primeros años 50. En esos días, el joven reportero gastaba una estética de cantante de bachata (o de emigrante argelino) y una vitalidad anfetamínica para descifrar la realidad, lo inmediato, el medioambiente de una ciudad sobresaltada.

Los primeros tanteos de su intuición para la escritura de periódicos la había echado a rodar en las páginas de *El Herald*o, donde daba cuerpo a la columna “Punto y aparte” (fugaz y guadianesca). Pero fue en la serie de artículos que tituló “Jirafas” donde estrenó, del algún modo, su mundo, su extrañeza, su audacia. Las “Jirafas” las firmaba con el seudónimo de Séptimus y las mantuvo hasta 1952.

Aquel fue el campo de pruebas de García Márquez. El territorio donde educó su mirada. El lugar donde fue desovando un talento efervescente que se rozaba con la vida y con las palabras generando combustiones extraordinarias. Años de noches inmensas y alcoholes largos. De casas de putas. De tantas lecturas: Conrad, Faulkner, Kafka, Hemingway, Virginia Woolf, Sófocles, Tolstoi, Saint-Exupéry... Y la poesía de Rimbaud. Y el verso ancho de Neruda...

Era un periodista endiablado a bordo de libros, vivencias e insomnios. Y así se fue forjando esa voz de García Márquez que no siempre es fácil de explicar. Demasiados mestizajes y bastardías se citan por dentro del idioma de este hombre flaco que pronto hizo del periodismo algo más que un oficio.

“Toda la vida he sido un periodista. Mis libros son libros de periodista aunque se vea poco. Pero esos libros tienen una cantidad de investigación y

de comprobación de datos y de rigor histórico, de fidelidad a los hechos, que en el fondo son grandes reportajes novelados o fantásticos, pero el método de investigación y de manejo de la información y los hechos es de periodista”, escribió en 1991. “El periodismo es una pasión insaciable que sólo puede digerirse y humanizarse por su confrontación descarnada con la realidad”. Esto también lo ha escrito él. Y tiene, en su caso, por su estela y su leyenda, un eco de verdad. Ya instalado en Bogotá, el trote por las distintas redacciones fue verdad. Ya instalado en Bogotá, el trote por las distintas redacciones fue condición aceptada del hacerse sitio en el oficio. Ya en la redacción de *El Espectador* decidió publicar “La hojarasca” por su cuenta en una modesta imprenta y ayudado por algunos amigos. Pero la literatura aún no podía alcanzar al prestigio que ya había acumulado García Márquez como periodista. Sus reportajes agotaban ediciones del diario. Igual la historia de un naufragio que la existencia y asfixias de un campeón de ciclismo.

En 1955 pasó de corresponsal en Europa, con sede en París. Allí anduvo con ese hambre de los que viajan solos por ciudades que no conocen. Vivía en una buhardilla de la rue Cujas. París, para un tipo solo, no es tan humano como el Caribe. “París tiene el corazón duro para la miseria”, como escribe Plinio Apuleyo Mendoza en “El olor de la guayaba”. “Gabriel lo comprendió muy bien el día que debió pedir una moneda en el Metro y se la dieron. Pero el hombre que se la puso en la mano, con aire de malhumor, no quiso escuchar sus explicaciones”. Gabriel García Márquez se confirmó como periodista a la vez que armaba su obra narrativa. “Aunque se sufra como un perro, no hay mejor oficio que el periodismo”, dijo. Pronto comenzó a desarrollar un reporterismo de calado, de experiencia en el sitio. Sus trabajos forman parte de la genealogía de lo mejor de la profesión. No sólo por el alzado literario, sino por la condición de espectador en primera línea y por la capacidad de poner en contexto el asunto. También por el escalpelo con el

que entra a los protagonistas de la aventura a contar, esa condición implacable de fisionomista que confirma aquello de que la mitad de un reportaje está en el ambiente que lo envuelve.

Hay textos suyos que forman ya parte de la biblia del periodismo y la crónica en español de la segunda mitad del siglo XX: “Cuba de cabo a rabo”, “Operación Carlota”, “Cuba en Angola”, “Torrijos: cruce de mula y tigre”, “Los cubanos frente al bloqueo”, “Vietnam por dentro”, “Apuntes para un debate nuevo sobre las drogas”... No es exactamente un trabajo de escritor, sino de reportero con pedigrí purísimo.

Si el periodismo ha saltado a su narrativa (“Relato de un naufrago”, “Noticia de un secuestro”, “Crónica de una muerte anunciada”...), la ficción no se incubó en su periodismo. Y eso lo hace aún más veraz. Aunque quizá se le puede reprochar una irrefrenable pasión por el poder. Pasión que cae en ocasiones en la pleitesía. O en una extraña voluntad de aceptar ser coro. Pero por encima de

esa debilidad (muy pocos se libran de las flaquezas), García Márquez es un reportero de los que aceptan el compromiso como motor de explosión de su tango. Es uno de esos tipos que corren hasta el borde del camino, eligiendo la senda menos segura, para contar aquello que no sabemos del modo en que él lo narra. Eso es un periodista. No exactamente un historiador, sino aquel que pone a la vista esas otras baldosas de la Historia.

Y todo aquello comenzó a finales de los años 40, en Barranquilla, en Cartagena de Indias, en Bogotá. Un tipo flaco dejaba caer las patas sobre su mesa de la redacción mientras hablaba por teléfono y el pantalón descubría unas canillas de alfeñique. La cabeza era de rasgos argelinos. El bigote, de hormigas. El lienzo de la piel, cetrino. Ese joven estaba tomándose el pulso como reportero y escritor dibujando en el periódico unas Jirafas con las que cabalgaba sobre el día sin haber dormido casi nunca toda la noche. Así se acuñó un narrador inmenso.

(El Mundo, 18/04/2014)

11. Una lección de periodismo como buena literatura

Hay hombres que vivieron el periodismo como un país incesante, una selva, un milagro, un cobijo, una madre. Gentes que hicieron cumbre en la escritura desde el reportaje, la crónica, los artículos. Tipos que no disimulaban el placer de contar las cosas con voz propia, levantando una literatura. Porque explicar el mundo es, también, cuestión de estilo. Tomás Eloy Martínez (Tucumán, Argentina, 1934-Buenos Aires, 2010) forma parte de esa selecta tribu. Y su obra principal en el oficio es un gran caudal de historias reales que podrían ser fastuosas ficciones: “Lugar común la muerte”, que ahora recupera en España Alfaguara. El reportero Tomás. El escritor Eloy. El ciudadano Martínez. Aquí está todo. Una literatura de periódicos en línea, por ejemplo, con Rodolfo Walsh. Pues ambos sabían que la realidad es escritura.

La precisión en la forma de contar. La audacia de saber dónde apoyar el ojo. La certeza de que

todo detalle es extraordinario. Eso es. Tomás Eloy Martínez viaja en estas crónicas de una galaxia a otra. De una calle a la de al lado. De Borges a Lezama Lima. Del poeta Ramos Sucre a Macedonio Fernández. De Saint-John Perse a Manuel Puig.

Dotado para la vida como sólo lo están quienes mejor saben contarla, le debemos no sólo las semblanzas de este volumen principal sino esa vocación fronteriza de rechazar la idea del testigo neutral, porque las verdades nunca son únicas ni lo son del todo, porque cualquier realidad está también ultimada con hilachas de sombra y penumbra y doblez. “Porque la misión del periodismo es no obedecer”. Eso es.

(El Mundo, 19/09/2014)

12. Al otro lado, un cronista observa

Juan Villoro, hijo del filósofo catalán Juan Villoro Toranzo, es uno de esos (escasos) cronistas cuya curiosidad vuela en todas direcciones. En un continente propenso a la grandilocuencia (América Latina) él habla y escribe con esa seducción e ironía de los que saben que el mundo, definitivamente, se nombra mejor con palabras exactas.

Directas y exactas.

Contra aquellos que hacen un redoble de tambor al final de cada párrafo, Villoro (México, 1956) prefiere acertar con gracia y profundidad de ideas al final de cada folio. Da igual que hable del mezcal o que escriba del teatro grecolatino. Sabe seducir igual que sabe contar. Está en línea con el difunto Carlos Monsiváis, que acumuló una cultura fabulosa para poder contar la verdad de lo cercano.

Para entrarle a la escritura de Juan Villoro vale cualquiera de sus libros. Por ejemplo, las cien historias que reúne la editorial Anagrama en el volumen

¿Hay vida en la tierra?, donde se ocupa del misterio de ser mexicano, o de cómo la tecnología modifica nuestras relaciones, o diseña un capítulo de “Los Simpson” en el Distrito Federal. Este libro es un catálogo de obsesiones, paranoias, ilusiones y malentendidos. Pero es, sobre todo, un atlas para rastrear la inteligencia de un escritor, de un periodista, de un cronista, de un conversador, de un alienígena disimulado en el proceloso mundo de las letras.

Leerlo es asomarse a la vida desde un telescopio y desde un microscopio a la vez. Porque habla de México, sí, pero está hablando de todos. Es como si la vida se ordenara en cada una de sus historias desordenadas.

(El Mundo, 09/01/2015)

13. Azorín, también un periodista moderno

A quien casi nadie lee ya es a Azorín, un escritor en corto de pensamiento largo y duradero que comenzó de anarquista furibundo y antes de cumplir los 30 se vistió de viejo. El primer acierto de José Martínez Ruiz fue el de presentarse en la literatura con el pseudónimo bien puesto. Después el de auparse como cronista de la Generación del 98 (la de Valle-Inclán, Unamuno, Machado, Baroja, Ganivet y después algún otro que andaba por allí). Y más tarde, confeccionarse una prosa moderna, con otro afán en el adjetivo y muy lejos de la calderilla de los ocasionistas de época.

Azorín es de esos escritores en los que uno aprende a escribir, que es distinto de aquellos en los que uno empieza a gozar. Es un maestro del cuento, del reportaje, de la polémica, del relato de viajes y del medio folio (que cobraba a un duro). De todas sus andanzas dejó huella en su escritura. Y le dio tiempo a llegar a la mitad del siglo XX y

ver las películas de Gary Cooper razonando cómo su sombrero es una herencia del sombrero extremo de toda la vida.

Si uno entra un rato en sus textos, por ejemplo en la edición de “Páginas escogidas” de la editorial Aitana, descubre o constata que en él suena el adjetivo de otro modo y el ruido de la calle con su fuerza. Desde las estampas de Castilla a la Ruta de Don Quijote. No es un autor encapsulado en un galpón de corcho. Tan chiquito, tan flaco, tan de negro siempre y con paraguas rojo para los entierros, en él también anida una modernidad que no se agota. Suena viejo así a lo pronto, pero vibra fuerte cuando acierta. Le afeaba la pasión por el poder, pero describió con fiera exactitud de las cosas que importan, entre lo pintoresco y lo imprevisto. Hizo del periodismo mejor literatura aún.

En serio.

(El Mundo, 16/01/2015)

14. Periodismo y literatura

Los periódicos que merecen la pena, el periodismo que sirve más allá del periodismo, es el que ofrece del mismo lado de sus hallazgos y sus razones una cilindrada alta de palabras bien puestas. Parece elemental, pero no es tan fácil. Hay un interés grande (y grave) por especular en universidades y seminarios sobre este oficio y sus alcances. Sobre sus retos y sus traiciones. Sobre su verdad que sale dando gritos. El periodismo es importante porque cuenta algunos motivos de la vida y la vida no puede desembarazarse de la obligación de ser real.

Ahora se escribe más periodismo que nunca. Ahora casi todo el mundo tiene una pantallita donde ensayarse periodista. Incluso periodista de arte (algo que no entiendo mucho, pero sospecho por dónde va). A mí de este tinglado de trabajar dentro de una redacción me interesa lo que sucede fuera. Sobre todo como lector. Entiendo mejor mi

existencia por lo que leo en otros, por lo que acá y allá me enseñan de mí, de lo que no soy, a lo que no llegaré, a donde no quiero ir. Eso, también, es periodismo. Y eso, además, cabe en la literatura.

Hay un cierto recelo a creer que el periodismo puede ser un artefacto literario. Pero es que lo es. Y con fuerza. Algunas de las mejores páginas que hemos leído salen de las manos de tíos y tías que están contando una guerra, un desastre, un concierto, una nada que sucede en la Gran Vía, con el pulso de los que saben mirar alrededor, enfocar aquello que otros no perciben y soltarse unos folios fabulosos que vienen de todo el vértigo que uno lleva represado y suelta después con la emoción directa de quien lo ha visto y con la humanidad artesana de quien lo entiende. Narrar es la forma más primitiva de alumbrarnos después del fuego.

Por eso no creo en la objetividad ni en sus adalides. Vivir es subjetivo. Sufrir, también. Y joder. Y estafar. Y celebrar. Y descubrir. Aquí y en

cualquier sitio. Eso de la objetividad es una falacia. Es la paloma del Espíritu Santo, una trampa para insonorizarnos. El periodismo es, además (y principalmente), un modo de entender lo que uno siente si presiente que le dicen la verdad, cuando sabe que lo engañan, cuando también está dispuesto a escribir para mentir. Así que lleven cuidado con los imparciales a tiempo completo. No olviden que este empleo lo ejercen mujeres y hombres con sus glóbulos rojos, sus pasiones y odios, su sistema límbico puesto al servicio del desengaño o el entusiasmo.

La mejor prosa de los periódicos es aquella que da calambre y hace mejor el periódico. Es lo que busca el lector. Las columnas, los reportajes, las crónicas, los géneros sin género de las páginas bien escritas, que son su micebrina. Pues ante la hecatombe desordenada de la actualidad, el periodismo que no esquiva la fuerza del lenguaje (seco o más cargado) es un diálogo que ayuda a pasar el trago de los días y ensancha el mensaje.

El periodismo está acosado por mil frentes: el negocio sigue sin dar pasta, el Gobierno y otros poderes fácticos acosan sin disimulo para hacer de esto un jaulón, algunos aceptan ser más dóciles... Lo de siempre. Pero cada vez se escribe con más potencia y eso nos mantiene en alto. Al periodismo le salva la opinión bien armada, en cualquier género. Es decir: la literatura, esa máquina fenomenal de emitir y compartir ideas.

(El Mundo, 13/05/2015)

15. Alfonso Armada, maneras de contar la guerra

Alfonso Armada es un periodista gallego y tímido que ha recorrido el mundo de un modo desmadrado o desbordado. Yo no sé. Visita guerras y desiertos. Se instala en tundras e infiernos. Ha vivido en Nueva York. Escribe libros en Oza de los Ríos, que es el paraíso. Libros sobre las cosas que ha vivido en África, en América del Sur, en los Balcanes. También es ensayista y editor (FronteraD es su cobijo digital contra la tormenta). Y es poeta y dramaturgo. Eso se nota. Pero lo mejor de su obra es él mismo. Tiene algo de raza de uno solo que escribe como un dios que no cree en casi nada.

De la charcutería de la guerra en la ex Yugoslavia extrajo unas crónicas que desovó en *El País* y que ahora reúne en un volumen publicado por la editorial Malpaso. Son textos que dan cuenta de la barbarie, del crimen, del silencio impúdico de Europa ante el desaliento masticable de una

guerra que estaba más cerca que nunca. Son textos periodísticos que funde con las notas de su diario. La combinación es fabulosa. Y a todo el conjunto le asesta un título seco y exacto: “Sarajevo”, publicado por Malpaso y con fotografías de otro noble del oficio, Gervasio Sánchez.

La prosa de Alfonso Armada, su periodismo de fiebre y reflexión es de una potencia bastarda. Como lo es en los mejores. Aquí explica el oficio por dentro. Ajusta cuentas. Se desengaña. Se entusiasma. Y tira por la única senda posible: la mejor escritura. Digamos que leer estas páginas suma. No sólo por su calidad, sino por su audacia. No es poco. A Armada también lo encuentran en *Abc*. Pero, sobre todo, quédense con cualquiera de sus crónicas si se cruzan con ellas. No defrauda.

(*El Mundo*, 15/05/2015)

16. Estepario sin cobertura para los idiotas

Hay hombres con los que uno se roza por las derivas impuestas de la vida y otros en los que se hace sitio por elección. Estos últimos son los necesarios, los inesperados, los cómplices, los escasos. Arturo Pérez-Reverte es de esos tipos en cuya amistad algunos decidimos hacer nido por vocación, por voluntad, por un cierto sentido de destino, porque sí.

Pasó media vida perreando en guerras y en lugares donde no mandarías a tu padre o a tu hijo. Contándole a la peña la miseria sin fronteras de la especie, la estulticia de la que es capaz, el asco. Y con todo eso acumulado tras las córneas no se tira nunca más pisto que el preciso. Otros, por asistir de cronistas a una fiesta de la espuma, se han erigido una estatua en la plaza del pueblo, un bronce que hoy sólo es vomitorio de palomas. Arturo, El Corso, lleva demasiada sangre ajena visualizada como para dispensar salmodias de humanidad. Cada cual que se busque su rollo.

Lo empecé a leer mucho antes de conocerlo. Al principio con distancia, después reconociendo que en su escritura cabe la honestidad del estepario, del que cree en la literatura como el lugar donde preservarse del infierno. Diría que escribe desde un arrabal propio que combina sin grieta la exquisitez de las mejores lecturas con el limo de lo incontable. A veces vivir es siempre la misma noche que nunca acaba. Este tipoflaco esconde a un jacobino de hechuras finas, adobado con párrafos de Conrad, contorneado de navegaciones y de mapas primigenios y de libros del XVII. Si no cojea como Quevedo es porque no le sale de los cojones.

En la hora y en la moda del articulismo pom-pier, él dispara con unas ideas de dentellada, a zar-pazos contra todas las convenciones despreciables, empezando por el sopistant de la política. O de la religión. O de los cínicos a jornada completa. O de los mediocres que trotan por España con pasos de oscuros huéspedes. A Arturo se le tiene ley igual

que se le coge gato. Él es leal con los amigos y con los enemigos porque cree en la batalla y en la impureza de los días, como un Hesíodo que supiera del placer por puro escepticismo.

Vive en el bucle de una colección de sables imposibles. Tiene una escafandra del siglo XIX. Se mueve con algo de garduño eléctrico en una biblioteca de 30.000 volúmenes. Sólo alardea de libros, porque ahí tiene el cobijo contra todas las tormentas. Y tiene en el abrazo la misma descarga que espolea su prosa: una vitalidad donde entrega salvas de pólvora y ramalazos humanísimos de una leve tristeza apresurada. En la vida no gasta bandera, pues toda bandera es un trapo que acumula mierda. Maneja una libertad que estalla en cualquier instante con algo de cinturón de dinamita. Es su forma de leer el mundo, inmolándose de algún modo. Te llama desde lugares insospechados para preguntar cómo vas y colgar de inmediato. Suele ir sin cobertura para los idiotas y cuando fondea en algún puerto baja a tierra lo

justo porque es en el mar donde mejor sabe estar solo a pesar de las estrellas. En el Mediterráneo arma historias para sus novelas, con el ruido de las aguas, pues ahí es donde sus sueños persisten.

Habla sin tregua de literatura y suelta unas salvas de maldad mercenaria sin dios ni amo, mientras le entra a un solomillo hecho al punto y abierto en mariposa. En sus facciones huesudas exhibe una extraña bonhomía de furtivo que sabe jugar la última mano en cualquier partida. Arturo nunca da lecciones, jamás perpetra un consejo. Si acaso te deja pistas para no caer en la trampa del ruido del mundo muerto. Cuando supo de este premio de ahora comentó: “Joder, chaval, es un honor”. Porque a uno lo llama chaval. Así nos conocimos y así nos gusta estar. Un día llegó de México con la primera edición de la antología de Líricos griegos arcaicos de Juan Ferrater, publicada por Seix Barral en 1968. La echó sobre el mantel de su mesa en Lucio y acuñó la ofrenda con una de sus frases lapidarias: “Toma, aquí está

todo”. Abrió el volumen, buscó un fragmento y lo señaló con el dedo como el que encuentra su sitio en el atlas de la vida. Eran unos versos del rebelde Arquíloco. Y aún se lo agradezco.

Oye, Corso, que tienes razón. Que el Mar Egeo es la hostia. Ya sé que el arropo del afecto en público no te va, pero déjame que te traicione por respeto y por cariño: enhorabuena por el premio y desde Iraklia (islote perdido y griego) te va el beso.

(El Mundo, 14/07/2015)

17. El periódico ‘sentado’

Los redactores de *La Nación* de Buenos Aires se han juntado contra un editorial de su diario. Es una imagen sana, sin amenaza. Gente que protesta por unos párrafos donde se sugería dejar tranquilos a los asesinos (y cómplices) que usó la dictadura de Videla para matar a miles de opositores, a sus familias. Un periódico sentado es una estampa sencilla, pero inquietante. Los periodistas solemos fijarnos mucho en ese nosotros multiplicado que son las cabeceras del mundo. A veces exageramos. Otras no. Yo entiendo a la gente de *La Nación*, porque un periódico que lo acepta todo es un papel sin alas.

El periodismo está en un buen momento, también lo creo. Los que no están en su sitio son demasiados políticos. Los que también van a contrapié son ciertos empresarios del oficio y sus secuaces. Es como si no nos enterásemos, pero vivimos uno de los momentos más exagerados de

nuestra democracia. Y eso afecta también a este oficio. Caminamos casi al tanteo. Existe una corriente de amenazas veladas. Existe un claro acoso a los medios que no ceden. Existe un mercadeo de gestos e intenciones que incordia más que logra. Existen las llamadas que piden las cabezas. Existen los cabezas que cumplen el deseo (perro fiel) de las llamadas. Lo de siempre. Existe una nostalgia con cierto resurgir de estatua ecuestre. Existe un chalaneo de izquierdas aún folclóricas. Existe una derecha que se ha ido de las manos por dentro de su casa. Existe un Artur Mas que emproa la mandíbula y está perdiendo el tiempo. Existe todo esto y hay que entender su vaho.

Algunos periódicos lo están haciendo porque les queda algo de parlamento vivo. A mí me gusta este, por ejemplo. En el que escribo. Aunque hay otros que también se resisten a dejarse aplastar por la piedra del molino. La dieta de palabras aún sigue valiendo. Es una forma de concretar la vida, de darle extensión a lo que sabes, a lo que dudas, a

lo que intuyes, a lo que temes. Yo leo, sobre todo, a quien no me gusta, en quien no confío, al que está vendido, porque ellos dan la clave para andar por el camino opuesto. Y luego están a los que admiro, que tienen más de furia (en la escritura) que de detergente (en sus ideas). Con ellos voy perdiendo ceguera y desorientado.

Entiendo el gesto de los profesionales de *La Nación* porque a veces al periodismo hay que sentarlo para poder ir avanzando. Sentarlo un rato como desafío. Sentarlo para mirar más de cerca la cloaca. Y a veces verte dentro. El periodismo sigue siendo el pentecostés de la democracia (porque no). Lo que aquí se dice queda. Y si es en un editorial, de algún modo te envuelve. Lo que aquí se hace, más. (Por eso no es muy grato explicar a un chaval que su horizonte en este oficio será a la larga mendicante).

Lo mejor de los periódicos es que necesitan a otro con el que discutir (a otro tío o a otro periódico)

y por eso siguen vivos, aunque no lo parezca. Y por eso lo amenazan, porque hay quien no quiere contrarios. El periodismo está salvado cuando es bueno y esquivo la invención. Otra cosa es el negocio. Para eso quizá ayude tener claro que no somos un parque de atracciones. Que no debemos confundir cualquier tio vivo con una verdad insospechada. Y que cuando la jodemos (o la joden por nosotros) tan sólo le servimos al niño de la casa para hacerse por la tarde un gorro en punta. Buen cierre.

(El Mundo, 25/11/2015)

18. Hemerotecas

Mariano Rajoy recomendó en rueda de prensa a una reportera de La Sexta “no viajar mucho por las hemerotecas”. Mariano Rajoy es un hombre coherente que hace de su expresión abisal una forma de estar de cara a los otros. No cree en la palabra dicha, a juzgar por su advertencia. Y la hemeroteca es eso: un archivo, un ramo de frases fijadas, un disgusto, una forma de llevarnos flores a nosotros mismos cada tarde. Las hemerotecas son el periodismo que permanece y eso al presidente en funciones no le gusta. En estos cuatro años ha dado mucho alpiste (de grano amargo) como para que se le recuerde el oleaje vivo que son los periódicos en cajas, las escenas enlatadas. Y el desasosiego se le nota.

Alguien que aconseja no acudir a estos falsos cementerios de cosas vivas está despreciando la memoria. Incluso despreciando el ayer que en política es el ramillete de cada día. Pues en la

hemeroteca no están los azares de taller, sino el argumento feo de mañana. Un periódico gastado es un tesoro que brilla cuando lo abres. Pienso de repente en todos los políticos de España. Pienso también en Irene Lozano y en Tania Sánchez. Pienso en los de la ocurrencia compadreadora del *off the record* y en los que miran con asco la alforja caducifolia del periodismo. No les gustamos.

La hemeroteca no es una noche muerta, sino una disimulada nostalgia donde lo que se dijo está esperando. Personalmente guardo algunas lindezas propias, porque casi todos acumulamos metales pesados en la biografía, pero no despreciaré jamás aquello que le suma a mi recuerdo unos quilates de sospecha, de razón, de vergüenza, de asombro, de certeza. En una hemeroteca, astillándome las córneas, leí a Ramón Gómez de la Serna. A Azorín. A González-Ruano. Y muchas veces aquel Triunfo de Haro Tecglen con toda su gallofa dentro. Y a Indro Montanelli. Y a otros

tantos malpensados. Hablo de una escuela que debiera estar en las escuelas.

Contra la beatificación de la mentira y las promesas incumplidas está la hemeroteca. Más en un país donde lo que se afirma una tarde tiende a negar lo escuchado esta mañana. El futuro de las hemerotecas reside exactamente en su carga fabulosa de pasado. No pueden decir lo mismo algunos de nuestros políticos de carajal, que tienen el alma soluble de los cafés sin reposo. El papel impreso tiene mucho de memoria fértil. Como la voz grabada. Como la imagen. Y es casi la huella dactilar del pensamiento. El rastro vivo de las voces. El azogue de los gestos. Entiendo que a Mariano Rajoy, en funciones ya de tantas cosas, también le incomoden las hemerotecas. Dispensan una imagen tremebunda de su paso por Moncloa. (Tampoco enteramente peor que algunas de las oposiciones que ha tenido). “Si pierdo la memoria, qué pureza”, dice un verso de Pere Gimferrer. Rajoy sabe que esa aspiración lírica favorecería su

modelo de negocio. Pero decírselo a un periodista a bocajarro, frente a tantos otros, es un desaprecio soberbio al que ya nos tiene acostumbrados. También como lectores y espectadores. La prueba de lo que digo está en la hemeroteca, mismamente. Cada vez que le muestras al presidente un hit de su repertorio le entra el síndrome de la covada: se repliega pidiendo cuidados mientras las víctimas se comprometen a seguir remando. “No viaje mucho por las hemerotecas”, sugiere el tío. Pero un interrail así es necesario, si no estaríamos peor de lo que estamos. De esta también saldremos mirando un poco atrás. Cara al futuro.

(*El Mundo*, 239/12/2015)

19. Putear con las palabras

Agradezco al Ayuntamiento de Madrid, como periodista, el empeño que pone en el saneamiento idiomático de este oficio. Es hermoso que velen por ti, aunque algunos prefiramos desvelarnos solos. La última ocurrencia de la Hacienda Carmena (y reconozco que la alcaldesa me cae bien) dispensa una serie de sintagmas y perífrasis aeros-táticas para referirse a la prostitución, como si la prostitución pudiese decirse de otro modo a como ya lo dice esa palabra rotunda. La ridícula corrección (que además de perversa es selectiva) está acabando con lo mejor del idioma (su instinto) para adoptar lo ingenuo de la cursilería. Incluso de la estupidez. Dos ejemplos: “guerra humanitaria” y “reajuste laboral”.

Cada vez que desde la Administración se tocan las palabras es para hacer más lívido el idioma, para engañar al respetable o para adulterar la realidad. Está comprobado. El periodismo a veces

también lo estropea todo, pero menos. El periodismo debiera ser, entre otras cosas, una forma de contar la vida y no de maquillarla. Créanme: para eso estamos.

Proponen desde el Consistorio esto: cambiar puta por “mujer en situación de prostitución”, cliente por “prostituidor” y algunas milhojas más. Y mientras a los periodistas nos sugieren caridad en las lenguas, las putas, los chulos, los clientes, la explotación, el dinero negro y la humillación en colorines siguen ahí. A las putas no hay que cambiarles el genérico, sino otorgales un reconocimiento jurídico, sanitario y fiscal. Eso lo hace (si quiere) el político mejor que el periodista. Es como si al hachís le decimos resina manipulada por el hermano magrebí, en plan madre abadesa, para disimular que se trata de una droga de uso corriente que también alimenta mafias. Que no, en serio. Que el idioma no ha inventado el negocio. ¿Y cómo llamamos a los políticos que hacen uso

de la prostitución con cargo al presupuesto? Los hay: en las hemerotecas polillean unos cuantos.

Existe en España una literatura extraordinaria donde las putas cuentan con altar, respeto, reflejo y exactitud de su condición malograda. De Galdós a Cela (Izas, rabizas y colipoterras). También en la Biblia tienen sitio. O en el Cancionero General de 1573. Y ahora qué. El Ayuntamiento confunde sus competencias con la filología. Y lo que hace falta en Madrid es gestionar. El diccionario ya lo vamos haciendo entre todos según lo demande la ocasión. La palabra hace el mundo y cuando puede, lo inventa. Eso, por nuestro bien, que nadie lo cambie.

No parece acertado, en medio de la que tenemos, disfrazarse ahora de arcángel semántico y soltarle a la calaña de la prensa una clase espontánea de Educación para la Ciudadanía. A mi edad no me voy a poner al gusto melindroso del redicho de turno en asuntos de idioma. Entre otros

motivos de interés general, porque no me fío de los que hacen juegos de manos con palabras, siempre esconden algo. La propuesta multicolor del Ayuntamiento es la hostia. (Perdón, pan ácimo).

(El Mundo, 24/09/2016)

